

Logia Glauca

Paula Noemí Bianchi

LOGIA



GLAUCIA

# Capítulo 1

## **Introducción: Balada para un loco**

Anterior a la pandemia (y anterior a los hijos chiquitos), frecuentábamos asiduamente el teatro. Nos gustaba mucho ver las presentaciones de la orquesta, el coro y el ballet. Desde donde escribo, una lejana ciudad a la capital de un lejano país del tercer mundo, poseer un teatro era todo un acontecimiento. Tener la posibilidad de presenciar obras como Il Pagliaccio de León Cavallo, El cascanueces y el Lago de los cisnes de Tchaikovski, L'Elixir d' Amore, entre otras, representaba una verdadera oportunidad. Yo me críe en la época previa al internet y a youtube, no teníamos teatros, coros, orquestas y ballets estables, en consecuencia, no se podía acceder a la música clásica si no era a través de los antiguos CDs. Por ello, cuando abrió el teatro hace unos quince años, significó todo un acontecimiento para nuestra familia. Era pensar que mis hijas, desde que tuvieran edad, estarían cerca de una cultura validada a través de la historia, un arte trascendente, que podrían gozar de espectáculos cerca, de valorar el esfuerzo y el talento de los artistas profesionales.

Pero, por supuesto, construir un edificio no significa que la sociedad esté preparada para apreciarlo. Muchos menos para cuidarlo.

En aquella ocasión, habíamos ido a ver "Tangos y boleros de amor". El ballet preparó una narración que unía diferentes piezas de esos géneros musicales. Fue una presentación soberbia. Y, como siempre (y como nunca pues parecía que se habían potenciado en esa ocasión) era muy difícil concentrarse. La gente hablaba, interrumpían, silbaban a los bailarines en los aplausos; recuerdo que en el intervalo se habían levantado a los gritos preguntando dónde podían conseguir caipiriña en el teatro. No de la forma graciosa y ocurrente en que Les Luthiers remata su chiste: "que ustedes pueden adquirir en el hall del teatro". Con esto no me dirijo únicamente a los jóvenes, sino también a las señoras mayores, porque el público del teatro se divide en tres grupos: los que vamos porque nos gusta, los jóvenes que van a hacer de hinchada de cancha a sus amigos, y los mayores que deben probar que les gusta la música clásica aunque la detesten o no sepan nada de ella. Esto es evidente en el repertorio: cuando es Mozart o Beethoven se encuentra gran parte de esta concurrencia, no obstante si se trata de Bruhn o Brahms, no están, como si fuera de "menor calidad". Lo que sucede es que han escuchado toda su vida que Mozart es cultura, aunque no sepan por qué, y deben estar a la altura de ese prejuicio. Quien dice que las generaciones jóvenes viven de la apariencia, seguro es alguien de las generaciones anteriores que ignoran que fueron educados para lo mismo. ¿Cómo si no educarían

así a las nuevas personas?

Para este caso, son igual de maleducados cualquier grupo etario. Las señoras más grandes no saben apagar el teléfono y tampoco se callan durante la función. No dejan de comentar y opinar, a veces en voz muy alta. En el caso del ballet, siempre piden que no graben y nunca falta la abuela de alguien que manifiesta: No me parece que no se pueda grabar. Ignorando, claro está, que se hace para respetar los derechos de autor de la coreógrafa, que estrena una obra inédita.

Debo hacer una aclaración que será válida para todo este texto: en todo momento que escribo soy muy consciente de que lo que digo no se debe generalizar. Siempre hay personas que muestran respeto y se preocupan por todos los aspectos que voy a señalar. Aquí, lo fundamental son los poco educados, o mejor dicho, educados en una serie de prejuicios que hacen a la idiosincrasia nacional, puesto que el tema que nos ocupa es la educación y sus problemas radicales. Y, como afirma el director de la orquesta, mejor que venga esa gente al teatro para poder, poco a poco, educarlos en las buenas costumbres. Con esa misma premisa me atrevo a escribir.

En la escena que relato, una de las piezas sublimes fue, justamente, una interpretación de *Balada para un loco* de Astor Piazzolla y Roberto Goyeneche. Creo que nunca había escuchado esa canción con la perfección que la sentí en ese momento. El bailarín aparecía en el momento justo (Cuando de repente, detrás de un árbol, me aparezco yo), acompañaba con mímica los comentarios (me saco el melón de la cabeza) y saltaba con esplendorosa gracia y dificultad (como un acróbata demente saltaré)... Era majestuoso, y era difícil disfrutarlo.

Duele mucho cuando uno entiende la belleza del arte, la dificultad de la ejecución, las horas de entrenamiento detrás de la puesta en escena, el arduo trabajo, la concentración, la disposición del cuerpo y la mente para lograr transmitir, para lograr emocionar, para lograr salvar al mundo a través del arte... y que eso no valga nada para los demás. Naturalmente es un paroxismo, puesto que sí vale, se nota en el aplauso, en la ovación, pero sinceramente creo que, si una multitud aplaude por contagio, porque ha sido estimulada por un único paso complejo, mientras durante el resto de la presentación no ha sido capaz de concentrarse, entonces no es suficiente. Aplaudir de pie no suple el desastre de haber hablado durante toda la canción, ya que, si se hubiera distraído el artista con el público, no lo hubieran perdonado. El artista debe estar por encima, debe ser indiferente a lo negativo para convertir a esa masa en algo trascendental, en un público. Pero es difícil, cuasi imposible apartarse de los sentimientos de denigración que a veces uno siente cuando está dejando el alma en un escenario y los demás no lo atienden. Y, sin embargo, volverían a salir a escena, no admiten la retirada o la renuncia, porque si hay un lugar en donde pueden cambiar las cosas, es en el momento en que el arte y la

ciencia se suceden, no mediante la crítica posterior, no con el bagaje de malas costumbres que arrastre un ente que entra al lugar, sino durante el espectáculo en ejecución.

Ese es mi predicamento, esa es la angustia, y esa es la esperanza.

Mientras regresaba a mi casa esa noche, lo sentí. Sospecho que esa es la verdadera balada para un loco, es el convencimiento, la seguridad de saber que existe algo más, que la vida asiste a su propia transcendencia, que hay razones, hay metas, hay caminos, las cosas cambian, se logran, al mismo tiempo que se sabe que, en algunos casos, no cambiará nunca, que la maldad, el abandono, la tragedia también existen y, pese a eso, tratar de confiar en que, aunque algunas personas no cambiarán nunca, no influirán en aquellas que llevarán el progreso adelante. Ese sueño, esa esperanza de ignorar el peor resultado posible a riesgo de parecer un absoluto ridículo, es la mayor locura que existe.

No es ninguna novedad, lo sabían los griegos que la contaron en la caja de Pandora, afirmando que la esperanza destruye la felicidad de los hombres, como si se asumiera que es un falso consuelo que niega lo inevitable y conforma al iluso; lo confirmó Don Quijote al vivir loco y morir cuerdo, y ahora yo lo replico en un burdo intento de ensayo crítico. Tampoco es ninguna novedad el tema del que me ocupo. Sé que ya muchos se han pronunciado en torno a la educación del país, de esta provincia, mis palabras no son más que una síntesis de las palabras de muchos docentes, todos los que admiro, agotados de discurrir en torno a los mismos problemas. Porque, como en la escena anterior, pese a todo lo que sabemos que nos vamos a encontrar, hemos elegido salir a escena. Seguimos actuando frente al aula todavía convencidos de que es el lugar axial para el cambio social; lógicamente si no lo fuera no abundarían tantas políticas de gobierno que buscan destruirlas. Continuamos al frente con la esperanza del director de mi esposo de que lo que hacemos llega, transformará la realidad a futuro.

Y cuando leemos los diarios, cuando miramos las resoluciones ministeriales que nos llegan, nos sentimos como locos, viendo futuros que no existen, luces celestes, polizones a Venus. En esos momentos, entre la rabia y la angustia, escribo. Es mi nueva forma de salir al escenario, tratar de llegar por otro lado, por miedo a que el aula se derrumbe y no exista más espacio que transformar. Ya en un momento intenté rezando, pidiendo a Dios por la educación nacional y provincial. Pero no se puede depositar en Dios las consecuencias de las decisiones de los hombres: nos hemos buscado este desastre, hacemos lo posible por enfrentarlo, somos un pueblo tibio y descuidado. Lo único que se me ocurre hacer es abandonar toda diplomacia y decir finalmente todo lo que, por ese ridículo respeto instruido como falsa lealtad a los mayores que se ofenden por cualquier crítica de las nuevas generaciones, decidí no decir más en ninguna reunión. Por ello, lo que leerán no es ninguna novedad, no

presenta ningún estilo literario que vayan a admirar, solo es la absoluta y libre expresión de alguien que ya no sabe qué más hacer para soportar esta ironía absurda que es la educación de la provincia regida por las manos de especialistas corruptos y traidores.

## Capítulo 2

### Frankenstein o el moderno Prometeo

Naturalmente, posicionarse y hablar sobre la educación reviste de cierta connotación negativa, da la impresión de que cualquiera que habla se llena de soberbia y vanidad, argumentando acerca de cómo debe ser la formación de una nación. Esto es una gran verdad, se han apropiado de ese tono petulante y molesto todos los funcionarios públicos, y es una costumbre anclada en el imaginario social desde las épocas en las que el docente tenía "cátedra", ese espacio de poder que daba la institución educativa y que se representaba simbólicamente como un escenario en las aulas. Y, como toda la vida se resume en un capítulo de Los Simpsons, se puede apreciar la persistencia de esta simbología en el capítulo en el que Homero es profesor de relaciones matrimoniales, entusiasmado porque todos sepan el cargo que posee. La docencia tiene, actualmente, un fuerte, fuertísimo, desprestigio social, sin embargo no destierra la idea de que el docente es un ser dotado de la verdad que somete a los estudiantes. No he dejado de escuchar profesionales de distintas ramas que consideran que la escuela de nada sirve pero que, al momento de tener que estar en una situación de enseñanza- aprendizaje, se consideran superiores. Sin ir más lejos, los encargados de los cursos de seguridad vial cuando tomaban el examen de manejo enfatizaban la palabra "corregir" con un orgullo que no puede estar más que anclado en una representación de que se dispone del destino del otro en las tintas de la birome del que corrige.

Existe un doble juego en las implicaciones del imaginario colectivo, que se ha formado por lo heteróclito que es el aula. Si bien este es un fenómeno que se da en todas las profesiones, ya que en todos los aspectos tenemos trabajadores buenos y malos, la escuela resulta ser un recinto donde se potencia. Gracias al internet, todos opinan de todo (motivo por el que muchos lo detestan), no obstante, se puede opinar de cualquier médico sin conocer ni la especialidad. De la educación opinan todos, porque eventualmente todos pasaron por la escuela. Hay muchísimos docentes en ejercicio y jubilados, estadísticamente, los habrá buenos y malos. Hay ministros, cargos públicos ocupados por personas que no son docentes. Y hay, esto roza lo terrorífico, especialistas en educación, personas formadas en Licenciaturas de Ciencias de la Educación, hablando en redes y compartiendo propuestas probadas que son un fracaso. Entonces, el resultado es que tenemos un caldo de cultivo para que cualquiera opine cualquier cosa sobre la escuela; si los propios ministros dicen las barbaridades que defienden ¿por qué el ciudadano

común que comenta en las redes debería ser más coherente? En este sentido, la esperanza del director de orquesta de formar al público es básicamente más realista, porque nadie se para a dirigir a músicos sin saber nada de música. Podrá ser mejor o peor, de nuevo, pero sabe de qué está hablando. Y las personas que asisten al teatro saben qué van a escuchar o ver, no se encuentran de repente en medio de un lugar sin saber cómo llegaron o cómo se irán.

En la escuela esto no es así: nada tiene que ver un ministro formado como arquitecto o contador con la educación. La única relación que se les encuentra a los ministros actuales para sus cargos es que anteriormente han ocupado otro cargo de un gobierno afín. Nuestro ministro de educación provincial estuvo antes en el ministerio de Hacienda, luego en Salud, y el presidente del Consejo Federal de Educación fue ministro de Trabajo, Economía, etc., por no mencionar que nuestro antiguo ministro después fue gobernador y ahora continúa en otro cargo. El gobierno es un equipo de vóley que se van rotando los puestos y que compiten contra otro equipo del mismo bando, donde no importa quién gana o quién pierde, cuán mal se juegue sino seguir ocupando la cancha para que nadie más entre.

Por ende, con estas cabezas al mando, ¿cómo no va a ser un chiste andante que se cuenta solo la educación en Argentina y en Misiones? ¿Cómo no van a rascar del viejo prejuicio de poder docente una imagen de autoritarismo si es el único consuelo que les queda de convencerse de que no hacen el ridículo frente a todos? Claro que cualquiera opina y cualquiera se jacta de la docencia, si ignoran completamente la realidad. Por eso mismo ¿cómo no voy a hablar también yo? Hablaré y hasta compartiré esa mentada soberbia que inunda a todos los que se creen con derechos a opinar sobre la enseñanza. Puedo decir lo que quiera porque sé que nada de lo que exprese será tan vergonzoso como las cosas que ya han formulado los especialistas. Esa soberbia prometeica de sentir que uno porta la iluminación y el poder de cambiarlo todo, de que tiene la receta mágica de cómo hacer las cosas, es muy propia de los argentinos, aunque todos la atribuyan como exclusiva de los docentes. Tal vez la han inculcado en la escuela desde las anteriores generaciones, tal vez la escuela solo las ha hecho circular, la cuestión es que tenemos ese ego de creer que tenemos las verdades absolutas.

Es más, si de mí dependiera ¿saben cómo cambiaría el rumbo de la educación? Ni con planes, proyectos, propuestas, nada de eso. Hackearía todos los archivos del ministerio, robaría las firmas digitales y distribuiría una larga serie de resoluciones de aplicación inmediata que revierta todas las normativas que hundan la educación argentina hasta el más profundo abismo. Porque esto no cambia con diálogo, tenemos personas atornilladas en el poder desde hace décadas, otras que se mantendrán por más décadas y en Argentina no existen las políticas de estado sino las políticas de gobierno. Cada gobierno entra a deshacer lo anterior para

acomodar a su propia gente. No tengo ninguna esperanza en los funcionarios, ellos no van a cambiar la educación. No les interesa y, aunque así fuera, no saben cómo, la mayoría ni siquiera son docentes. Aquí se necesitan políticas a largo plazo, que no dependan de la corrupción de un adulador que no es capaz de enfrentarse al sistema político. Si ellos se llenan de esa ambición de creerse dioses y de jugar con el futuro ajeno ¿por qué yo no puedo hacer lo mismo? ¿Por qué no puedo entrar y cambiar todo a mi antojo, cegada con la misma vanidad de creer que tengo todas las soluciones? Porque me faltan dos cosas: dinero e influencias. En realidad, carezco de algo más: capacidad de soportar zánganos políticos, por eso recorro a la literatura antes que a la política y mucho menos al periodismo. En consecuencia, solo me queda compartir aquí lo que crea más conveniente.

De allí que confié más en la posibilidad de que aparezca una Logia que asumiera la responsabilidad de cuidar la educación por las siguientes generaciones, amparados en la idea de que era el único camino del progreso. La premisa de un grupo de personas idealistas que quisiera defender una virtud, que se entregaran a todo por un sueño, sin recompensa, sin afán de gloria, en secreto, solo por la satisfacción de ver a su tierra natal crecer, esa ficción era más realista que pensar que estos corruptos harían algo por la enseñanza en este país. Fantasear con logos, pensar en el nombre de Glaucia, derivado del término griego glaux, lechuza, que me recordaba al mochuelo del Atenea, asociar con la belleza de una orquídea phalenopsis que, aunque sé bien que no es la flor nacional se destaca por su perfección, todo eso era menos ingenuo que ampararme en las promesas de campaña.

La educación nunca ha sido prioridad de los gobiernos populistas: en Argentina, desde el peronismo hasta el menemismo y el kirchnerismo, siempre se han ocupado de destruir la educación. Y los gobiernos opositores solo se han quedado en el discurso de criticar pero jamás han impulsado medidas que sean eficaces, puesto que siempre se han dado más al diálogo y al consenso que al carácter firme. Desde mediados del siglo pasado, la educación está intervenida por políticas de gobierno. Circula mucho en redes que a un poder corrupto le conviene un pueblo ignorante y, pese a que eso es verdad, en realidad el acto educativo reviste de mayor negocio para los corruptos: es un espacio de acomodo de gente, un lugar para ganar votos repartiendo bienes del Estado, un filtrado y lavado de dinero proveniente del gasto público, un espacio de control y adoctrinamiento, no solo de alumno sino de docentes, y un gran concentrador de culpables de última hora. Si en algo es especialista el kirchnerismo es en encontrar culpables a sus actos delictivos, la escuela le viene como anillo al dedo para señalar a los docentes como responsables del fracaso educativo producto de las políticas que ellos mismos instauraron.

Los docentes están drenados, están saturados en su capacidad mental y moral al tener que someterse a tendencias proselitistas y populistas que estafan y condenan el futuro de los jóvenes. Su voluntad, su vocación, se ven amenazados día tras día. No encuentran apoyo en la sociedad, en las familias, en sus propios colegios, y muchos se rinden. Porque los acusan todavía de Prometeos, de soberbios, de anticuados, de obsoletos, de culpables. Cargamos con muchos estigmas y poco es lo que se ve de lo que en realidad hacemos. No es mi interés darle cátedra a nadie, ni crearme superior al resto, tampoco me importa solamente criticar. Hago lo más que puedo desde el lugar en donde estoy. Pero, si aguardan hasta el final, conocerán el verdadero motivo que impulsa que escriba, aquello que subsiste después de la rabia, aquello que aflora luego del desahogo, que todavía no han conseguido matar en mí.